

Quinientos títulos en catalán

La publicación del ensayo de Cirici i Pellicer, «Miro Lligit» ha significado la edición del título número quinientos de los libros publicados en catalán por Edicions 62. Sobre esta obra de Cirici i Pellicer, y sobre las varias que este ensayista ha publicado en el último año, volveré en un artículo próximo, en un intento de desvelamiento de una de las personalidades culturales más interesantes de Cataluña. De momento, la efeméride de Edicions 62 condiciona el tratamiento dentro de los límites de una pequeña reflexión sobre la cultura catalana.

Edicions 62 empezó editan-

miento o de la imaginación creadora. Edicions 62 cumplía, además, en la dimensión catalana, una función difusora de ideas progresivas, equivalente a la cumplida por editoriales aparecidas como consecuencia del renacimiento crítico de los años cincuenta, editoriales aparecidas o políticas editoriales replanteadas.

Precisamente el título de la editorial, tal vez incluso sin que fuera la voluntad de sus programadores, significaba mucho. 1962 fue en muchos sentidos un año importante en la evolución cultural y política de España y Cataluña. El nombre de la editorial siempre ha significado la fijación de una fecha más cargada de futuro que de pasado.

Y, sin embargo, no todos los

guía de colegio, instituto y Universidad; en una lengua de diario, revista, radio y televisión. Sólo esa omnipresencia en los medios de difusión cultural y subcultural, el catalán tendrá real opción a partir de una riqueza literaria indudable, recapitulada en esta larga y guadianesca *Renaixença* de más de cien años.

El esfuerzo de Edicions 62 no sólo se inscribe en esa larga y guadianesca *Renaixença*, sino también entre las herramientas que han condicionado el bullir de las ideas de nuestro tiempo, esas que cada día comprueban lo difícil que resulta evidenciar la evidencia. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Entre Maimónides y Lenin o las tribulaciones de un cosaco aficionado

Hablar cumplidamente del libro de Babel (1) supondría otro libro crítico, y buen mamotreto por cierto. «Caballería roja» (el título ruso, más prosaico, era «Ejército de caballería») se publicó en 1929. Resulta lógico pensar que se escribiera en el o los años inmediatamente anteriores, siendo así contemporáneo de uno de los dramas capitales de la Historia, un drama cuyo desenlace desvió toda la trayectoria histórica posterior y sigue hipotecando la nuestra con lastre de plomo: me refiero a la progresiva toma del poder por Stalin, a la «lucha anti-trotskyista» y a la total teologización de los restos del partido bolchevique.

Este es el marco que preside a la creación de «Caballería roja», Babel no era un teórico, es probable que viviera, como todos, en la gran confusión de la época, la información era escasa; la democracia proletaria, nonata. El libro es, a mi modo de ver, un fiel espejo de su tiempo: la lucidez que ostentaban hombres como Trotsky y Lenin aún no ha desaparecido del todo, y el desengaño mordisquea ya todas las conciencias honradas. Digo a mi modo de ver, ya que la edición española viene precedida por un largo prólogo de Lionel Trilling, interesante a más de un título, en primer lugar, por los numerosos datos biográficos relativos a Isaak Babel (muerto, como es lógico, en un campo de concentración), pero que yerra en todos sus

planteamientos críticos debido a que Trilling, cantor del pensamiento liberal, pretende apresar una trayectoria personal que se realiza dentro de la revolución mediante unos supuestos fundamentalmente ajenos, y, una vez más, el instrumento le viene muy pequeño al objeto enfocado. Resultado, Trilling falla estrepitosamente e intenta darnos las claves de la obra a base de argumentos dudosos a medio camino entre la biografía y el psicoanálisis.

El libro me ha llenado, como pocos a lo largo de estos últimos meses; le ha soldado la rienda a mi imaginación, que se ha desbocado así fuera un semental cosaco. Se trata de una serie de relatos cortos centrados en la campaña de 1920 entre Polonia y el joven Estado soviético. Para mí, el marco es un pretexto, en realidad no se nos proporciona ningún dato concreto sobre el desarrollo de las operaciones, y ni falta que hace. Mas sospecho que el Babel que a menudo aparece como protagonista casi colectivo de los relatos, conjugando en el «yo» de la narración las sensaciones del grupo con las suyas propias, es, ante todo, el escritor de 1928 y no el oficial cosaco de la contienda.

Babel era judío, un intelectual judío trasplantado voluntariamente al mundo de los cosacos, un mundo elemental donde la fiera nos inspira la misma mezcla de terror y atractivo que sentimos al contemplar un bello tigre, de allí que Trilling pretenda ver, en la biografía de Babel, la frustrada búsqueda de la verdad de los instintos por parte de un intelectual acomplejado. El argumento tiene su pizca de verosimilitud, pero Trilling olvida que nos hallamos en la Rusia de 1920; allí se intenta llevar a cabo, en medio de las más atroces dificultades, un experimento cuya alcance llega a asustar a muchos de sus actores. A la mayoría de los intelectuales les cuesta lo suyo abandonar las zalemas mundanas y las luminarias cortesanas de los salones de Petersburgo, el mujik y el proletario ocupan el proscenio, y Babel, escritor bolchevique, siente que ha sonado la hora de las gestas épicas. Sabe que los tiempos no permiten el eclecticismo, tiene que elegir entre la agonía tísica de una subjetividad solitaria o la zambullida gozosa en las fuerzas sísmicas que a la sazón se enfrentan. Y Babel vive su experiencia, mundo extraño, subyugante el de esos cosacos rojos cuya estructura mental, cuyo sistema de valores son radicalmente opuestos a los del régimen por el que pelean

y dejan la vida. Babel vive su experiencia, pero otra será la del libro. El libro es otro ser, se nos presenta en su especificidad, como fenómeno literario dueño de un lugar propio en el cual el Babel de 1928 puede depurar, mediante el conjuro del lenguaje, lo que en él se da como una pugna dolorosa en el centro de la sensación.

Babel está a mitad de camino entre Vladimir Ilich y el cosaco degollador de judíos, adorador de caballos y violador de todas las mujeres que se le tercién. Babel descuartizado entre la comunidad teórica y el individuo histórico. Todos conocemos el final de la historia: el mujik analfabeto y sífilítico triunfó del intelectual criado de la europea y se sentó en el trono dentro de las botas de Stalin. No sé si Babel lo sospechaba, nosotros, sí, porque el libro alumbrado por él viene a colocarse sólo en el mundo de la significación y lleva a cabo una sobrecogedora función catártica. El estilo no es aquí aquella soledad biológica de la que nos hablan, viene en andas de una intertextualidad que no es literaria, sino producto de cien sagas individuales protagonizadas por hombres a solas con sus pasiones, que coinciden en el crisol de la oleada revolucionaria. Detrás de las metáforas centelleantes, de las visiones suntuosas, detrás de la violencia horrida, Babel se queda entre bastidores, unas veces soltándole la rienda a la tremenda explosión florida del lenguaje popular, otras recogido en el «moderato cantabile» de su inquieta razón. Aquí, la literatura cumple a las mil maravillas con su papel de sujeto independiente, suma de todos los desequilibrios y revelador químico de nuestra existencia conflictiva.

¿Cómo conciliar el drama de esas carnosas existencias vertiginosas e insertarlas en la dialéctica de una vida comunitaria? Babel, escritor y revolucionario sincero, forcejea entre las mallas de la red. Le rebasa la fatalidad mítica de aquellas energías arrebatadas. Paciencia. A los pocos años los residuos del lenguaje literario asomaban su carátula regocijada y un cagatintas fofote y paliducho, con la sangre biliosa irisándole los ojos aparecía, como escapado de un cuento de Maupassant, embutido en un peto de trabajador que le sentaba peor que un tiro a su tripa de burócrata. Al poco rato oíamos su voz gazmoña: «Me llamo realismo socialista». Mientras tanto Babel acarrea piedras, lejos de los horizontes sangrientos que presidían las cargas co-



do a Teilhard de Chardin en catalán, y en su caminar ha tenido compañeros de viaje tan diversos e importantes como Russell, Manheim, Freud, Shumpeter, Lukacs, Fromm, Joan Fuster, Bohigas, Castellet, Molas, Sauvy, Badia Margarit, Reglá, María Aurelia Capmany, Salvat, Marx (Carlos), Solé Tura, Gortz, Salvador Giner, Gramsci, Engels, Rubert de Ventós, Robert Lafont, Malinovski, Kosik, Marcuse, Levi-Strauss, Piaget, Pierre Vilar, Hauser, Bernal, Riba, Villalonga, Espriu, Bartra, Llull, Foix, Cirici i Pellicer..., en fin. Todo el potaje cultural de nuestro tiempo se ha removido en ese caldero de quinientos libros editados en lengua catalana.

Indudablemente, todos estos títulos, o casi todos, podían haberse leído en castellano o se han leído en castellano. El objetivo de la editorial era precisamente forzar inercias establecidas y replantear la relación del lector catalán con su lengua, empleada sobre cualquier parcela del pensa-

objetivos de Edicions 62 se han cumplido. No puede decirse que se haya vencido la pereza del catalán medio hacia su lengua literaria. Pero las causas de esa pereza escapan a las posibilidades de encomienda de la editorial o incluso a los propósitos de encomienda de ese hipotético catalán medio, en el caso, tan dudoso, de que pueda existir un ciudadano o un paisano medio, sea donde sea.

No ha habido, paralelamente al esfuerzo de editoriales como 62 y de otras que han marcado la misma o similar pauta, una ejecución clarificadora del desfase evidente que hay en Cataluña entre una lengua masivamente hablada y mínimamente empleada como vehículo de transmisión o expresión cultural. Este desfase no puede solucionarse con empeños editoriales ni con un voluntarismo propagandístico: son necesarias medidas básicas que conviertan el catalán en una lengua de cultura con los derechos plenos: en una len-